

LA VIVENCIA FAMILIAR, EXPERIENCIA CASI IMPRESCINDIBLE PARA ENTRAR EN LA FAMILIA DEFINITIVA DE LAS HIJAS E HIJOS DE DIOS

Pedro Trigo, SJ*

RESUMEN

Ante todo tratamos de la situación de la familia en Venezuela y en el mundo. Después pasamos a la visión cristiana, tanto en la fuente evangélica que conecta con la visión primordial del Génesis como el sentido del sacramento. Insistimos en su condición de horizonte humanísimo para dirigirse a él, más que como una ley que se intima absolutamente. Por eso tomamos en cuenta el sentido del proceso y cómo nunca podemos darnos por desahuciados. Nos referimos al amor de los esposos, a la educación de los hijos y la apertura a la sociedad, ya que es la primera célula social y la Iglesia doméstica. Finalmente tratamos las situaciones tenidas como irregulares y finalizamos con la necesidad de proponer el horizonte. Tomamos en cuenta la *Amoris Letitia* del papa Francisco a la que consideramos evangélica e inspiradora.

PALABRAS CLAVES

Individualismo, Convivialidad y Comunidad; Evangelio más que ley; Horizonte y proceso; Familia y familia de los hijos de Dios; “Una sola carne”; “Dios unió”.

ABSTRACT

*First of all we deal with the situation of the family in Venezuela and in the world. Then we turn to the Christian vision, both in the Gospel source that connects with the primordial vision of Genesis and the meaning of the sacrament. We insist on his condition as a very human horizon to address him, rather than as a law that is absolutely intimate. That's why we take into account the meaning of the process and how we can never give ourselves up as hopeless. We refer to the love of spouses, the education of children and openness to society, as it is the first social cell and the domestic Church. Finally, we treat the situations as irregular and end with the need to propose the horizon. We take into account the *Amoris Letitia* of Pope Francis, which we consider evangelical and inspiring.*

KEY WORDS

individualism, Conviviality and Community; Gospel more than law; Horizon and process; Family and family of the children of God; “One flesh”; “God united”.

Demás está decir la relevancia de este tema y lo decisivo que resulta tratarlo analítica y no doctrinariamente. Ante todo porque Dios y su voluntad se manifiestan en la realidad: “Es sano prestar atención a la realidad concreta, porque ‘las exigencias y llamadas del Espíritu Santo resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia’, a través de los cuales ‘la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia’”¹.

La necesidad de una consideración situada dimana, además del propio evangelio, de que atravesamos una crisis muy radical: “El mundo actual está viviendo una *crisis antropológica*. El individualismo y el consumismo ponen en entredicho la cultura familiar tradicional. Las *condiciones económicas y laborales* hacen a menudo difícil la convivencia y la cohesión en el seno de la familia. De ahí que haya aumentado dramáticamente el número de los que tienen miedo a fundar una familia o de quienes fracasan en la realización de su proyecto de vida, así como crece también el número de niños que no tienen la suerte de crecer en una familia debidamente estructurada”².

Limitarse a llamar al orden, asentando la ley de modo absoluto y descalificando a los que no se sometan a ella, produce rechazo y es comprensible, dado que muchas personas experimentan dificultad para vivir una vida familiar enjundiosa y fecunda, es decir humanizadora y grata, a la vez que saludable. Lo pertinente es tratar de comprender lo más acuciosa e internamente posible las situaciones concretas para desde ellas tratar de iluminar y ayudar. Sólo si asumimos el punto de partida real, si desde una actitud realmente fraterna nos hacemos cargo de las situaciones objetivas y del modo como son vividas, tenemos derecho o mejor, puede ser útil, decir una palabra desde el horizonte cristiano. Así lo expresa el papa Francisco: “**la Palabra de Dios no se muestra como una**

1. *Amoris Letitia* (en adelante AL) 31|

2. Kasper, *El evangelio de la familia*. Sal Terrae, Maliaño 2014, 12

* Pedro Trigo, SJ. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, agregada a la UPS de Roma. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas y pensamiento españoles y latinoamericanos, sobre todo en tema teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares.
Correo-e: trigidura@gmail.com

secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino, cuando Dios «enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor» (Ap 21,4)³.

Esto es así porque, a diferencia de los maestros de la ley que mandaban lo que entendían que era la voluntad de Dios y de los sacerdotes que prescribían los ritos para dirigirse a él en las diversas ocasiones vitales, Jesús propone una buena nueva, la mejor buena nueva posible, estima que ha llegado una ocasión favorabilísima y sería una pena perderla, cree que trae un tesoro y nos insta a descubrirlo y adquirirlo. Por eso dice, “si alguno quiere”, “el que quiera”⁴. Lo cristiano no es intimar una ley sino proponer un evangelio y animar a recorrer un camino, acompañando fraternamente en el proceso. Lo de Jesús es, sobre todo, que “el sábado es para el ser humano y no el ser humano para el sábado” (Mc 2,27). Es decir, que la ley es para el ser humano y no el ser humano para la ley.

Así pues, aceptar la realidad de la familia venezolana como punto de partida no equivale a aprobarla. Significa que de entrada no se toma contacto con ella enjuiciándola, significa que se suspende el juicio y que se acepta sinceramente a las personas. Significa más positivamente que no se las rechaza, sino que se las acoge como son. Es decir, significa que en el trabajo pastoral se renuncia a ir con la ley por delante, porque que el agente pastoral toma contacto con las familias como portador de la misericordia de Dios. Esto es lo que hizo Jesús sistemáticamente, y lo que escandalizó a los fariseos, que eran los maestros espirituales del pueblo en tiempos de Jesús y que medían a la gente por su estado ante la ley y por eso condenaban a casi todos, de tal modo que muchos se tenían por perdidos ante Dios. Esta actitud de Jesús fue tan característica suya que se lo tuvo por “amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11,19). Y él se defendió diciendo que hacía lo mismo que su Padre (Lucas 15) y por eso nos propuso que fuéramos misericordiosos como él (Lc 6,36). Esto debemos hacer también nosotros y muchas veces no lo hacemos: “Muchos no sienten que el mensaje de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia haya sido un claro reflejo de la predicación y de **las actitudes de Jesús que, al mismo tiempo que proponía un ideal exigente, nunca perdía la cercanía compasiva con los frágiles, como la samaritana o la mujer adúltera**”⁵.

3. AL 22. Ya lo decía el cardenal Kasper: “Es una *tradición viva* que hoy, como muchas otras veces a lo largo de la historia, ha llegado a un punto crítico y que, teniendo a la vista los ‘signos de los tiempos’ (GS 4), exige ser continuada y profundizada” (oc 15)

4. Mc 8,34 y 35, et passim.

5. AL 38

1 SITUACIÓN DE LA FAMILIA

SITUACIÓN DE LA FAMILIA EN VENEZUELA

Demasiados matrimonios inválidos

Comencemos por una constatación que puede parecer demasiado específica, pero que creo especialmente significativa: estoy convencido de que la mayor parte de los matrimonios que se celebran en la iglesia son nulos. Los son por dos razones: la mayoría, porque el sí que dan los contrayentes es condicional, sobreentendiendo que decimos que sí mientras nos vaya bien, y una minoría, que dice que sí sin que le quede nada por dentro, no tiene consistencia para soportar ese sí, para llevarlo hasta el final; es decir, que el sí no lo pronuncia un sujeto consistente y responsable. Sólo una minoría cumple con ambos requisitos.

Eso quiere decir dos cosas: primera, que muchos de los que se acercan a recibir el sacramento no lo hacen como culminación de un proceso de conocimiento propio y de la pareja, una convivencia prolongada en la que su amor se haya depurado, haya pasado crisis y se haya fortalecido con ellas, en que el conocimiento de los límites propios y ajenos haya ido acompañado de la aceptación propia y ajena y a la vez de la no resignación de esos límites y del esfuerzo constante para dar de sí y optimizar todo lo bueno y reducir al máximo lo negativo.

Al no mediar ese proceso de maduración, simplemente han constatado que se quieren y se casan. Cuando se enfría el entusiasmo primero, sobreviene la crisis que, no raramente, desemboca en el divorcio o en la simple separación para seguir intentando de nuevo del mismo modo o en seguir viviendo rutinariamente en base a un acuerdo de ventajas mutuas.

La segunda constatación es que los testigos del sacramento, los presbíteros y los obispos, no se lo toman suficientemente en serio, porque, si se lo tomaran, se esforzarían por comprobar más seriamente la madurez de ese amor y, sobre todo, por ayudar, cuanto esté de su parte, a que madure, y sólo entonces aceptarían ser testigos del sacramento.

De la estabilidad básica al proceso de desestabilización

¿Por qué los matrimonios de esta generación son menos estables que los de generaciones pasadas? Hay varias razones que se refuerzan. Una de ellas es que bastantes personas que ahora están en la tercera edad vivieron en sus vidas el tránsito de una sociedad tradicional a otra moderna y esa transformación impli-

có en ellos cambios personales muy grandes. Ellas se sintieron protagonistas de esos cambios y tomarse en serio esos retos les dio bastante consistencia personal. Muchos de ellos estaban convencidos que parte de esa solvencia personal consistía en cumplir los compromisos adquiridos y obviamente el más decisivo de todos era el matrimonio. Pero además creían que esa elección era para toda la vida y que si no había sido del todo acertada tenían que optimizar lo elegido y aceptado. Además eso estaba generalmente bien visto, mientras que romper el compromiso, salvo casos evidentes, se veía mal. Otra fuente de estabilidad era el compromiso de levantar la familia y de introducir a los hijos en la vida de modo exitoso y humano. Otra fuente de dinamismo y estabilidad era que la mujer se estaba promocionando aceleradamente. Así las familias pasaban de ser patriarcales a ser mucho más igualitarias y complementarias. Ese apoyo mutuo desde la promoción de cada cónyuge, ayudaba a una estabilidad dinámica que era bastante satisfactoria.

En Nuestra América se estaba reinventando la sociedad, la economía, la política, y todo mediante un esfuerzo sostenido de muchos ciudadanos. Esa incitación ambiental, que invitaba a una responsabilidad múltiple, invitaba también a que la familia fuera una plataforma estable y a la vez, como hemos dicho, dinámica, desde la que procesar esas transformaciones.

El caso de la familia popular tuvo sus peculiaridades. Ante todo, hay que hacerse cargo de que los que llegaron a los barrios no eran por lo general familias sino personas solas que salían de su comunidad campesina buscando no sólo cómo vivir sino buscándose a sí mismas. Llegan como individuos y su modo de relación es la convivialidad. Es decir, tienen con los demás en principio una respectividad positiva, pero manteniendo cada quien su libertad. La gente se ajusta de muchísimos modos, pero no llega a constituir nosotros estables, verdaderas comunidades, sino que se mantienen como individuos conviviales. Por eso muchos no se casan, sino que se juntan, en el mejor de los casos deseando que la relación dure siempre, pero con el compromiso de convalidar diariamente la relación, porque cada quien se mantiene como el individuo que es. Aun en el caso de que cada quien mantenga viva la relación y la rehaga siempre y se mantengan unidos toda la vida, no llegan a constituir una comunidad, un nosotros, en sentido estricto, un matrimonio o, como dice Jesús citando al Génesis, “una sola carne”. El ideal era el concubinato estable, que podía llegar a formalizarse ante la ley, porque en estos tiempos modernos no basta la costumbre y hay que legalizar las cosas, pero sabiendo cada quien de lo que se trataba.

Tal vez así sucedió en la mayoría de la gente de barrio. Pero no era nada fácil. Tanto porque había que atender a la vez a muchos frentes, como porque

se estaba en un territorio desconocido, como porque todo era muy fluido y sólo un amor muy denso y un gran sentido de la responsabilidad podía triunfar sobre tantas incitaciones contrapuestas, no existiendo normas ni lazos ambientales que llevaran hacia la estabilidad ni mucho menos una sociedad que presionara en esa dirección.

Si esto sucedió en la generación que se levantaba en la segunda mitad del siglo pasado, la que se ha levantado a fin de siglo o en éste podemos decir que en gran medida es una generación líquida (Zigmunt Baum⁶), porque ha sido moldeada por la globalización triunfante, cuando dominan las corporaciones transnacionales y los grandes inversionistas, que han desarmado la política y al Estado y han secuestrado la opinión pública y lo han puesto todo a su servicio, dejando el contrato de trabajo al arbitrio de ellos, haciendo que desaparezcan casi todas las estructuras de protección social y seduciendo incesantemente por medio de la publicidad y, para que no haya resistencia a su oferta de mercancías, elementalizando a las personas con unos medios de comunicación y unos videojuegos repletos de violencia y sexo.

En estas condiciones ¿qué peso puede tener la familia? ¿Cómo desarrollar unas relaciones de amor, unas relaciones que vayan más allá de la mera atracción física, incluso de la mutua simpatía, de afinidades y complementaciones? ¿Cómo ir procesando personalmente las relaciones hasta llegar a un conocimiento interno y a una entrega mutua que acontezca en libertad? Cuando sólo existe un presente que se desvanece, ¿cómo dar lugar a procesos lentos, a estar verdaderamente juntos, a iniciar caminos estables?⁷

Sin embargo, hay que decir que una minoría de parejas jóvenes sí concibe la relación como fundamentalmente igualitaria y complementaria, aunque entendiendo que la mayoría de las cosas las pueden hacer ambos satisfactoriamente y así se reparten las cargas y, por ejemplo, el varón no piensa que está haciendo una cosa de mujeres cuando lleva o recoge a su hijo del colegio o cuando lo lleva en brazos públicamente o cuando hace la comida. No todas estas parejas conciben su convivencia como la constitución de un nosotros estable, pero una minoría sí y trabaja las dificultades para que la unión no se desgaste sino que resulte fortalecida.

6. Modernidad líquida (FCE 1999), Amor líquido (FCE, 2003), Vida líquida (Paidós 2005), Miedo líquido (Paidós 2006), Tiempos líquidos (Planeta 2007), Vigilancia líquida (Paidós 2012).

7. Esto lo explana el papa Francisco, por ejemplo, en AL 124. Para ver la teoría de este planteamiento ver *Evangelii Gaudium* nos 223-225.

Sin embargo, sí habría que reconocer que la mayor ausencia ambiental respecto de la pareja en Nuestra América es que los esposos no se consideran compañeros: se quieren, se ayudan, se defienden; pero no hablan entre sí de todo lo que sucede y les sucede. Para eso cada quien tiene su respectivo grupo⁸. Lo mismo pasa con los hijos. A una mamá le puede estar doliendo muchísimo la conducta de su hijo, pero es incapaz de hablar con él. Lo mismo podemos decir de los hijos respecto de los padres.

Y, a pesar de todo lo dicho, y aun en ello, la familia es muy importante, muy entrañable; para la mayoría de los venezolanos y latinoamericanos, incluso, para no pocos, sagrada⁹.

De la comunidad asimétrica a la búsqueda de una individualidad plena que da lugar a relaciones, en el mejor de los casos, estables, pero no a comunidades

Insistamos en que el punto de partida de este proceso es la familia patriarcal, expresión de la sociedad neolítica, que convirtió la división cada vez mayor de trabajos en una jerarquización de los mismos y de las personas que se dedicaban a ellos. Como expresión de esta división jerarquizada de tareas, a la familia la comandaba el varón, que era el que aportaba los recursos y tomaba las decisiones. La mujer era “la reina del hogar”: su dedicación a las tareas domésticas la confinaba en ese ámbito, aunque en él tuviera relativa independencia. Los hijos tenían que obedecer, sobre todo al padre, pero también a la madre, aunque poco a poco fueran asumiendo tareas y con ellas una cierta autoridad y autonomía.

Este tipo de familia constituía una verdadera comunidad, pero asimétrica y por tanto no era la expresión genuina del plan de Dios, aunque esta desviación estuviera oculta a los ojos de casi todos, configurados más por el orden establecido que por el cristianismo, aunque como el orden establecido se apellidaba cristiano, la mayoría de los responsables no advertían la corrupción. Así le pasó ya a Pablo que, desde el patriarcalismo judío en que se levantó, llega a tergiversar la voluntad primigenia de Dios expresada en el primer capítulo del Génesis (Gn 1,26-27) al considerar que el varón es el que es imagen de Dios, siendo la mujer tan sólo imagen del varón (1Cor 11,3-9), a pesar de que insiste en que es el amor el que debe animar sus relaciones, pero reteniendo la obediencia al varón.

8 Contra esto se resiste Ismael Rivera en la canción “Mi negrita me espera”. El viernes a la tarde les insiste a sus compañeros de trabajo: “déjenme irme que es muy tarde ya/ mi negrita me espera”

9. Así lo reconoce el papa Francisco: **“Debemos agradecer que la mayor parte de la gente valora las relaciones familiares que quieren permanecer en el tiempo y que aseguran el respeto al otro. Por eso, se aprecia que la Iglesia ofrezca espacios de acompañamiento y asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con el crecimiento del amor, la superación de los conflictos o la educación de los hijos”** (AL 38)

Insistimos en que muchos campesinos que emigraron a las ciudades lo hicieron por rechazo a esta asimetría, que no les dejaba expresar lo mejor de ellos. Y por eso lo que quisieron es actuar su libertad recién conquistada y estrenada. Por eso hemos insistido que su modo de relación fue el ajustarse, incluso en el caso de que en su intención fuera una relación estable. En el mejor de los casos, de este tipo de relación nace la familia nuclear, aunque no llegue a constituir un verdadero nosotros, pero caracterizada por relaciones igualitarias y no contractuales, en el sentido barato de mera utilidad, sino como muestra primaria de amor. Así lo reconoce el Concilio Plenario Venezolano, que se refiere a “la familia nuclear de padres e hijos, donde se reconoce la igual dignidad en la relación de pareja. Este modelo tiende a expandirse (...) La promoción de la mujer en la educación y su participación en el mercado laboral, son los factores que más influyen en esta tendencia, sin descartar la influencia positiva de la labor de la Iglesia, sobre todo en los sectores populares. Esta tendencia debe ser estimulada por ser la más cercana a la propuesta cristiana” (16). En este mismo sentido dice el papa Francisco: **“La idéntica dignidad entre el varón y la mujer nos mueve a alegrarnos de que se superen viejas formas de discriminación, y de que en el seno de las familias se desarrolle un ejercicio de reciprocidad. Si surgen formas de feminismo que no podamos considerar adecuadas, igualmente admiramos una obra del Espíritu en el reconocimiento más claro de la dignidad de la mujer y de sus derechos”**¹⁰. Esta última valoración trascendente debe ser muy tenida en cuenta.

Ahora bien, ya hemos insistido que éste es el mejor de los casos. En bastantes otros el varón se estanca y, aun en el caso de que siga avanzando en el plano laboral, cosa que no siempre sucede, no lo hace en el plano humano, y por eso, incapaz de madurar su amor, al sentir que la compañera deja de ser una jovencita y no percibiendo que él está siguiendo el mismo proceso, deja la casa y se empata con una casi adolescente. El resultado es la familia monoparental: de la madre y los hijos. Teniendo en cuenta que también esto sucede a veces porque la joven acepta relaciones sin suficiente conocimiento mutuo y compromiso. Por un camino u otro, muchas familias son sólo de madre e hijos. Ni la paternidad del varón ni la fraternidad de los hermanos juega un papel suficiente. Así lo expresa el CPV: “la madre y no la pareja es el centro de todos los vínculos” (8).

Sin embargo, para complicar más el panorama, con el avance de la profesionalización de la mujer, mayor sin duda que la del varón, empieza a suceder que es la mujer la que deja plantado al marido y abandona a los hijos como

10. *Amoris Letitia* 54

expresión de su independencia y solvencia económica, que al unidimensionar a la persona, trae insolvencia humana: falta de madurez. Consecuencia de la promoción femenina dentro de los cauces inhumanos del orden establecido.

Sin embargo, a nivel popular lo más frecuente sigue siendo la familia matricentrada y como tendencia esperanzadora, la familia nuclear.

Desafíos derivados de esta situación

De este panorama salen al menos tres desafíos, que explanaremos citando al CPV: Como el punto de partida es o la familia matricentrada o la patriarcal y machista, el primer desafío, con las correspondientes líneas de acción, se encamina a “promover la figura integral del padre” (49-59). Me parece una tremenda audacia del documento que en estos tiempos de feminismo, capte que en Venezuela, a pesar de la discriminación inercial que queda, la dinámica la lleva más la mujer que el varón, más aún, que el varón yace con frecuencia prostrado porque no ve posible cumplir lo que piensa que es su función, que consiste (recuérdese que todavía es minoritaria la familia nuclear igualitaria) en aportar los recursos necesarios para la familia y ser capaz de guiarla en las decisiones más gruesas. Por eso el varón debe ser ayudado, en el caso del matrimonio, ante todo por su pareja, cosa no del todo fácil porque forma parte de su autoimagen no dejarse ayudar.

Como en la familia matricentrada la relación axial es la de madre-hijo, el segundo desafío es “construir parejas consistentes y estables que, unidas por el amor y el compromiso, sean generadoras de familias” (60-67). Estimamos que en Venezuela éste es el punto nodal porque los esposos no son amigos, compañeros, confidentes, no llegan a formar un nosotros consistente, incluso en los casos en los que hay genuino amor, porque no hay vías culturales para alimentarlo, más allá de los deberes asignados a cada uno y la relación sexual.

El desafío tercero proviene tanto de las tensiones por la falta de trabajo y de medios para sacar adelante la familia, como de la debilidad cultural de los espacios para procesar el amor de la pareja y más aún sus conflictos. El resultado es que los esposos se van cargando hasta que explotan, echando todo a rodar. Por eso, el desafío de “ayudar a afrontar y resolver los conflictos provenientes tanto del interior de la familia cuanto de los ámbitos sociales, políticos y económicos que inciden en ella” (68-73)¹¹.

11. Esta dificultad ambiental la estudio en “La cultura de la democracia”. En *La enseñanza social de la Iglesia*. Gumillá, Caracas 2018, 181-209

El papa Francisco nos recuerda sobre todo el problema de no tener trabajo o tenerlo precario y mal pagado: “El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad”. “Dicho esto, se comprende que la desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento, como se hace notar en el librito de Rut y como recuerda Jesús en la parábola de los trabajadores sentados, en un ocio forzado, en la plaza del pueblo (cf. Mt 20,1-16), o cómo él lo experimenta en el mismo hecho de estar muchas veces rodeado de menesterosos y hambrientos. Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias”¹². La pobreza, cuando es extrema, dificulta la estabilidad y la calidad del vínculo¹³.

De todo lo dicho surge el desafío específico de acompañamiento a la vida familiar en sus diversas situaciones “en el fortalecimiento de los vínculos afectivos, del respeto mutuo, de la comunicación, la solidaridad y la responsabilidad” (86). “Estimular iniciativas orientadas a promover la familia como una auténtica y madura comunión de personas con programas de capacitación social, política y educativa que requiere la sociedad” (87).

SITUACIÓN DE LA FAMILIA EN LOS PAÍSES DESARROLLADOS

La tendencia de los países desarrollados, al menos los occidentales, es a considerar la familia como algo necesario, incluso entrañable, pero transitorio. Pasada la adolescencia juega un papel cada vez más secundario, aunque en la mayoría de los casos se conserven los vínculos como algo ancestral. Pero en un mundo tan líquido, lo ancestral casi no tiene sentido ni espacio. Aunque, como reacción defensiva ante la creciente exclusión de los jóvenes por parte de la sociedad, que cada día ofrece menos plazas para los que vienen, se da la tendencia a refugiarse en la casa de los padres, dependiendo económicamente de ellos, aunque haciendo por otra parte su vida, a la medida de sus posibilidades. O, si no se vive con ellos, al menos se les encarga en una medida considerable de los hijos para poderse dedicar ellos al trabajo e incluso a cultivar sus amistades o aficiones.

12. AL 24 y 25, cf 44

13. AL 49

Sin embargo, mientras se da en estas primeras etapas, la convivencia tiende a tomarse en serio. Forma parte de la modernidad tomar en serio los papeles que uno desempeña, más éste que los cónyuges han elegido, y no por alguna ventaja utilitaria sino por un deseo de entrega, convivencia y complementación personales. A veces la vivencia se toma tan en serio y sobre todo se realiza tan humanamente, que se labra unos cauces más trascendentes y resultan verdaderas uniones, no sólo auténticos matrimonios, estén o no convalidados por la Iglesia, sino incluso verdaderas familias en las que se incluyen los hijos y a veces también los abuelos y los nietos y hasta los tíos y primos.

CUANDO LA DENSIDAD DE LA MUTUA ENTREGA DA DE SÍ Y SE ADENSA LLEGA A ACONTECER LA COMUNIDAD

Por eso tenemos que afirmar que, aunque la auténtica comunidad matrimonial esté fuera del ambiente dominante, tanto en el país como en el mundo¹⁴, sin embargo, no raramente la relación da de sí con creciente densidad hasta que se trasciende y da lugar a ese nosotros que es el matrimonio y la familia. Ésta es una novedad contemporánea ya que no está prescrita ni menos aún publicitada ni recomendada, sino que acontece por la densidad de la mutua entrega que da de sí y va madurando hasta convertirse en ese nosotros en el que se conservan trascendidos los yos.

Esto se da en cualquier ambiente porque en cualquier ambiente el acontecimiento de la relación puede hacer nacer lo que no está en el ambiente dominante, pero que sí está en lo más genuino de las personas. Como está en lo más genuino de las personas, puede despertarse en cualquier hipótesis, aunque unas circunstancias lo propicien más que otras y circunstancias como la actual lo dificulten enormemente.

Es crucial afirmar que el amor es libre y la fuente de la libertad. Ya que no es libertad hacer lo que a uno le da la gana; eso no es más que dejarse llevar por la pasión dominante hasta quedar esclavizado por ella. Por eso el amor puede nacer siempre y en uno está actuarlo desde lo más genuino de sí. Por tanto, si se encuentran dos amores, siempre puede llegar a constituirse el nosotros que es el matrimonio. Ahora bien, se necesita más amor para alimentarlo cuando no existe ambientalmente, incluso cuando se lo ve como una debilidad o una rigidez

14. En el mundo sólo hay lugar para las comunidades corporativizadas, que por su carácter estructurado en base a lo que las une (la etnia, el paisanaje, lo económico, lo religioso) y no en base a las personas y por su carácter cerrado, no son humanizadoras

y el amor tiene que realizarse a contracorriente; aunque esta adversidad puede contribuir a que vaya madurado más hondamente.

Por eso complementariamente hay que reconocer que la posibilidad del nosotros que es la pareja viene propiciada por ambientes en los que se cultiva de un modo asiduo y abierto la fraternidad de las hijas e hijos de Dios y se nutre con la palabra evangélica y con la práctica consecuente en la cotidianidad de los participantes, cotidianidad que, obviamente, desborda esos ambientes.

Ahora bien, lo decisivo es la relación: ella, cuando llega a la entrega gratuita desde lo más auténtico de la persona, es la fuente más genuina de la humanización y cuando entregas así se encuentran y se corresponden, se van afinando cada día más y pueden trascender limitaciones y dificultades y el desgaste de la vida.

Tomando en cuenta el proceso de maduración humana y, más todavía, la presión ambiental, tenemos que expresar que el deseo del otro no es lazo suficiente para la constitución de la pareja. “Cuando las ganas se juntan”¹⁵ la relación es de sujeto a objeto: mis ganas se realizan en ti y tus ganas en mí. Cada uno somos satisfactor de las ganas del otro. Sólo cuando el deseo es manifestación del amor, tiene pleno sentido la pareja. Entonces sí se da una relación de sujeto a sujeto, una relación de entrega personal. Pero eso no puede presuponerse y menos en esta sociedad tan líquida, sino que ha de ser cultivado muy acuciosa y sostenidamente.

2. VISIÓN CRISTIANA DEL MATRIMONIO

Horizonte de fondo: camino a la familia de las hijas e hijos de Dios

El horizonte de fondo, el definitivo, es la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Dicho gráficamente, en el cielo no habrá ni papas ni obispos ni curas ni religiosas ni religiosos ni teólogos, ni gobernantes ni propietarios ni trabajadores ni intelectuales, ni tampoco esposos ni padres ni hijos. Habrá hijas e hijos de Dios, hermanas y hermanos en Jesús de Nazaret.

Ahora bien, para llegar a constituirnos hijas e hijos de Dios y en hermanas y hermanos unos de otros, es casi imprescindible el ejercicio de estas dimensiones humanas, de estas relaciones, en el seno de la familia. Así lo insiste el Concilio Plenario Venezolano: “en el plan de Dios la familia tiene el papel imprescindible, de educar a las personas para que lleguen a acceder a la gran familia de

15. La expresión es de Simón Díaz en *Caballo viejo*

los hijos e hijas de Dios. La familia está para enseñar a los hijos a salir de sí y sacrificarse por los otros, y también para llevar a los padres a trascender su instalación en el presente, por amor a quienes representan el futuro, transmitiéndoles lo bueno que recibieron y crearon, abriéndose a la novedad que los hijos significan¹⁶.

En la discusión de Jesús con los saduceos que le presentan el caso de una mujer que estuvo casada con siete hermanos y le preguntan de quién será marido en la otra vida, él les responde que la otra vida no es continuación de ésta, allá no habrá esposas ni esposos porque seremos recreados (Mc 12,24-25; Lc 20,34.36). Lo seremos como hijos en el Hijo y como hermanos en el Hermano universal.

Ahora bien, aquí se siembra lo que se cosechará luego: si no hemos vivido como hijos-hermanos en esta vida, no lo viviremos luego. ¿Pero es fácil que alguien pueda vivir como hijo de Dios, en el Hijo eterno Jesús, y como hermano de todos, en Cristo, el Hermano universal, si no ha cultivado la condición de hijo y la de hermano en una familia?

Cada familia va a ser superada. Pero en el camino al Reino es casi imprescindible haber pasado por ella, en el sentido preciso de haber cultivado estas relaciones, no en su carácter meramente biológico sino en lo que tienen de humano, es decir, en una familia bien constituida y por consiguiente dinámica.

Refiriéndonos a otro texto, el cuarto evangelio comentando la sentencia de Caifás de que “conviene que muera un solo hombre y no que perezca todo el pueblo”, afirma que, como sumo sacerdote, sin saberlo, profetizó, porque Jesús vino a salvar efectivamente a todo su pueblo, y no solamente a su pueblo sino “a reunir (se entiende que en una sola familia) a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). Las familias siguen teniendo pleno sentido, pero el horizonte último de la misión de Jesús es convocar a todo el género humano en una sola familia: la familia de las hijas e hijos de Dios, en él, que siendo su Hijo único y haciéndose nuestro Hermano, nos ha llevado a participar de su filiación. Insistimos que las familias siguen teniendo pleno sentido porque la vivencia familiar como Dios quiere es experiencia casi imprescindible para desear entrar en esa única familia definitiva.

Por eso Jesús dejó su familia. Ella constituyó el humus básico de la experiencia de Jesús¹⁷; pero tenía que salir de ella, que era un pedacito de cielo, para hacerse hermano de todos e incluirnos en su relación de Hijo de su Padre del cie-

16. La expresión es de Simón Díaz en *Caballo viejo*.

17. AL 65-66. Trigo, *Jesús nuestro Hermano*. Sal Terrae, Maliaño 2018, 15-28

lo. El hecho de desconocer a su familia, que requiere su presencia cuando está hablando a la gente en una casa y le comunican que su madre y sus hermanos están fuera y lo llaman, es el acontecimiento más contracultural de la vida de Jesús. El que él haya afirmado que su madre y sus hermanos son los que estaban allí escuchándolo, escuchando para ponerla en práctica la palabra de Dios que él transmitía (Mc 3,31-35), es un paso imprescindible en su misión¹⁸. Un paso al que también invitó a su familia de origen, que le respondió, y por eso su madre estuvo con él en el momento más trascendente de su vida: al pie de la cruz y por eso dice Pablo que se apareció a Santiago, su hermano, que llegó a ser el dirigente de la comunidad de Jerusalén y en la carta de Judas se presenta su autor como hermano de Santiago y, en efecto, ambos figuran entre los hermanos de Jesús cuando visitó Nazaret (Mc 6,3).

Lo que Dios unió, no lo separe el ser humano

Desde este horizonte entremos en el texto básico de Jesús sobre el matrimonio (Mc 10,2-9). Le han preguntado si es lícito, como lo prescribió Moisés, dar acta de repudio a la mujer por cualquier motivo. El presupuesto es que esa facultad es privativa del varón y que la causa alegada puede ser, por ejemplo, que ya la mujer se ha vuelto para él una rutina, que ya no le interesa.

Jesús responde que Moisés lo permitió por su dureza de corazón, o sea porque tenían tan poca consistencia que no eran capaces de amar y como unos adolescentes se dejaban llevar por su capricho. Pero que eso, despedirla dándole un acta, aunque era un mal menor, era de todos modos un mal. Porque al principio no fue así. Dios creó al varón para que dejara su casa y se uniera a su mujer y fueran “una sola carne”. De ahí concluye que “lo que Dios unió no lo separe el ser humano”.

¿Por qué dice que los unió Dios, si es el deseo y en el mejor de los casos el amor, el que los lleva a unirse hasta constituir una sola carne? Y, ante todo, ¿qué significa una sola carne? No se refiere a lo que parece más obvio, al acto sexual¹⁹. Se refiere a que de esos dos individuos se constituye un verdadero **nosotros**.

18. “Si es verdad que Jesús se presenta como modelo de obediencia a sus padres terrenos, sometiénoselos a ellos (cf. Lc 2,51), también es cierto que él muestra que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios (cf. Mt 10,34-37; Lc 9,59-62). Es más, él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (cf. Lc 2,48-50). Por eso exalta la necesidad de otros lazos, muy profundos también dentro de las relaciones familiares: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (Lc 8,21)” (AL 18)

19. “El verbo «unirse» en el original hebreo indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: «Mi alma está unida a ti» (Sal 63,9),

¿Qué trascendencia tiene ese nosotros en el que, si todo sucede como Dios quiere, se conservan trascendidos los yos? La trascendencia es que en eso consiste, sobre todo, la imagen de Dios. Dice el Génesis: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” y, luego especifica: “a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó” (Gn 1,26.27). Según el paralelismo bíblico en el que la segunda frase especifica la primera, la imagen de Dios no es el varón y la mujer por separado, sino el varón y la mujer, es decir, la unión del varón y la mujer²⁰. El amor con que se aman. Si es amor del bueno, viene de Dios, más aún, amar es vivirle a Dios, porque Dios es amor (1Jn 4,7-8.12). Por eso Dios actúa en su amor: Dios los une en ese nosotros personalizado, que se abre fecundamente a otros yos, complejificando el nosotros inicial.

¿Por qué es imagen de Dios el nosotros que resulta de la relación de amor? Porque Dios es relación. Lo que más realidad tiene en Dios son las relaciones. Por eso dice santo Tomás que “las personas divinas son relaciones subsistentes”²¹. Para Aristóteles y el pensamiento occidental que deriva de él, la persona es una sustancia y las relaciones son meros accidentes. Desde el Dios cristiano, el que nos reveló Jesús de Nazaret, las personas son relaciones, no relaciones pasajeras y accidentales sino relaciones subsistentes. Es decir, que no es que existan el Padre, el Hijo y el Espíritu y se relacionen. Sería triteísmo. Existe la relación, que a la vez pone la diferencia (tres personas distintas) y la mantiene unida (un solo Dios verdadero)²². Así lo desglosa muy concretamente el papa Francisco: “Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo”²³. “La familia y el matrimonio fueron redimidos por

canta el orante. Se evoca así la unión matrimonial no solamente en su dimensión sexual y corpórea sino también en su donación voluntaria de amor. El fruto de esta unión es «ser una sola carne», sea en el abrazo físico, sea en la unión de los corazones y de las vidas y, quizás, en el hijo que nacerá de los dos, el cual llevará en sí, uniéndolas no sólo genéticamente sino también espiritualmente, las dos «carnes»”.

20. “Sorprendentemente, la «imagen de Dios» tiene como paralelo explicativo precisamente a la pareja «hombre y mujer»” (AL 10)

21. Suma Teológica, parte I, cuestión 40, artículo 2

22. “la relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente. Nos iluminan las palabras de san Juan Pablo II: «Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo»[6]. La familia no es pues algo ajeno a la misma esencia divina[7]” (AL 11; cf oc 86).

23. AL 29

Cristo (cf. Ef 5,21-32), restaurados a imagen de la Santísima Trinidad, misterio del que brota todo amor verdadero”²⁴.

Si un ser humano se define como individuo, si las relaciones para él son secundarias porque las entabla con quien quiere, para lo que quiere y mientras lo quiera, ese ser humano, en cuanto de él depende, no es persona²⁵. Lo es porque Dios sí se sigue relacionando con él y probablemente otras personas, pero no lo acaba de ser porque no recibe la relación ni la corresponde. Si lo que personaliza es la relación, cuando es horizontal y gratuita, cuando es de entrega en libertad, lo que nos hace imagen de Dios, insisto del Dios cristiano, es este tipo de relación. La relación matrimonial, cuando es una entrega de amor incondicionado, es el prototipo de estas relaciones personalizadoras. Éste es el sentido de este pasaje del Génesis y de la afirmación de Jesús de que serán los dos una sola carne.

Así lo expresa el Concilio Plenario Venezolano: “La primera referencia teológica en la familia es el Dios Uno y Trino. Lo es en un doble sentido: primero, porque la comunidad del varón y la mujer es imagen de Dios (Gn 1,27) y, sobre todo, porque Dios destinó a la comunidad humana a que formara parte de la comunidad divina, como hijos en el Hijo (Cf. Ef 1,10; Co 1,19-20). La carta a los Hebreos explica cómo Jesús se hace nuestro Hermano (2,11.14.17), para que al consumarse como Hijo (7,28) pudiera conducir a muchos hijos de Dios a la gloria (2,10), donde Él ya está como primogénito, al frente de la familia de Dios (10, 21)”²⁶.

El papa Francisco se refiere también a la alianza esponsal, que culmina, trascendida, en Cristo: “La alianza esponsal, inaugurada en la creación y revelada en la historia de la salvación, recibe la plena revelación de su significado en Cristo y en su Iglesia. De Cristo, mediante la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el amor de Dios y vivir la vida de comunión. El Evangelio de la familia atraviesa la historia del mundo, desde la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27) hasta el cumplimiento del misterio de la Alianza en Cristo al final de los siglos con las bodas del Cordero (cf. Ap 19,9)”²⁷.

24. AL 63. “En la familia humana, reunida en Cristo, está restaurada la “imagen y semejanza” de la Santísima Trinidad (cf. Gn 1,26), misterio del que brota todo amor verdadero” (oc 71)

25. Éste es tal vez el principal problema para la familia hoy: “hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto” (AL 33)

26. *Id* n°37

27. AL 63, cf 67

En todo caso, un proceso complejo, difícil, hermoso, humanizador

Ésta es la propuesta cristiana del matrimonio y de la familia. De lo que se trata, si quiero ser un cristiano consecuente, es de hacerla mía y de encaminarme resueltamente hacia ella, si me siento llamado a vivir en pareja, al matrimonio. Tengo que encaminarme hacia ella desde donde estoy y desde lo que soy y desde lo que es el otro cónyuge y desde donde está. Esto significa que no es el punto de partida y que en todo caso tengo que realizar un camino²⁸.

Por eso el CPV, tras diseñar el contenido del misterio del matrimonio, expone su carácter de evangelio. Este punto nos parece crucial, tanto que, si no se propone así, falta algo medular, aunque no falte ningún contenido. Dice así: “Este es el misterio que proclama la Iglesia como un horizonte humanísimo y, por ende, muy deseable (...) tan estimable que justifica la creatividad, comprensión y tolerancia, que son necesarias para llegar a poseerlo y gustarlo. Este horizonte lo proponemos no como una ley para que se tropiece con ella, sino como un evangelio para que se descubra su valor y las personas se dirijan en esa dirección” (40).

Como se ve, lo fundamental es que las personas se dirijan resueltamente y con toda verdad en esa dirección y hacia esa meta. Y que se dirijan hacia ella, no para cumplir un mandamiento, sino al captar que es el horizonte más deseable y humanizador, es decir, por su carácter de evangelio. Ahora bien, el concilio es realista y por eso sabe que para llegar a poseer y gustar este misterio de ser dos en una carne se precisa mucha creatividad, comprensión y tolerancia. Por eso, sólo si se lo aprecia como muy estimable por lo humanísimo que es, podrán invertirse tantas energías y tan continuadas en ir en esa dirección sin desviarse e ir tan de veras que con el tiempo lo vayan logrando.

Esto es así porque en el mejor de los casos, es decir, si me he levantado en una familia cristiana y me he desarrollado como persona actuando desde mi genuinidad mi condición de hijo y de hermano y si no he vivido estas relaciones de modo corporativo sino abierto, el camino que tengo que hacer es ir anudando con mi compañera o compañero esas relaciones de

Como esta posibilidad no está en el ambiente, requiere que la relación tenga tanta consistencia que se vaya labrando sus propios cauces. Ahora bien, como ambos se han levantado en este ambiente deletéreo, porque la familia no es un coto cerrado, también tendrán que desechar mucho de lo que han recibido y aceptado con mayor o menor conciencia, es decir aspectos que se les han pe-

28. Las dificultades del camino están bien analizadas por Xavier Lacroix, *El matrimonio*. Mensajero, Bilbao, 1996, 109-117

gado sin darse cuenta y otros que han elegido y que se ve que van resultando incompatibles con la constitución estable de la pareja como un nosotros personalizador. Esto requiere ejercitar dosis crecientes de amor. Requiere que el amor acontezca con más densidad que la influencia ambiental.

Pero además requiere ejercitarlo en concreto. Como no se da la homogeneidad cultural de antaño y como los sujetos no son de entrada tan estables como en una sociedad tradicional de marcos hechos, no vemos que para bastantes baste el noviazgo, tal como era concebido y practicado en épocas pasadas. Para esas personas, no obviamente para todos, lo normal será que, cuando hayan tomado la decisión de entregarse establemente por amor, tienen que ponerse a vivir juntos para que su amor se ejercite en la vida real y ahí se vayan superando los obstáculos y afincándose ese nosotros personalizador y por eso abierto²⁹. Sólo después de haber pasado crisis juntos y haber comprobado que el amor salía de ellas fortalecido, están maduros para pronunciar un sí definitivo³⁰. “Por la seriedad que tiene este compromiso público de amor, no puede ser una decisión apresurada, pero por esa misma razón tampoco se la puede postergar indefinidamente”³¹.

Es importante explicitar el carácter público que tiene el matrimonio. No es un asunto meramente privado. Es un asunto interpersonal. Pero las personas se definen por sus relaciones, que, para que sean personalizadoras, tienen que ser abiertas. De ahí la publicidad, que corrobora la ley, representante de la sociedad³².

Un aspecto infaltable de esa madurez sin la que no tiene sentido casarse es aceptar la apertura inherente al amor humano. El carácter abierto del amor esponsal es un rasgo imprescindible del matrimonio cristiano. Si deciden no tener hijos, no se salvaguarda ese carácter abierto y no es un amor humanizador: “Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de su propia existencia”³³. Otra cosa distinta es si Dios no les concede hijos. Eso no va en contra de la apertura en principio que caracteriza al amor.

29. Sin embargo, Xavier Lacroix (*El matrimonio*. Mensajero, Bilbao 1996,51-68) cuestiona el cohabitar antes de casarse

30. *Amoris Letitia* reseña este proceder y reconoce que va en aumento, pero no contempla el motivo que nosotros reconocemos de que es para la mayoría el único modo de poder llegar al matrimonio con un conocimiento mutuo profundo y sabiendo que se quiere dar el sí y lo que ese sí incondicional entraña (294-295)

31. AL 132

32. Este punto está muy bien explicado pro Xavier Lacroix (*El matrimonio*. Mensajero, Bilbao 1996, 69-83.

33. AL 80.

Esa misma apertura hace ver la inhumanidad del aborto. El papa Francisco expresa con pleno sentido que, **“si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada. Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano”**³⁴.

Tenemos que reconocer que durante mucho tiempo el magisterio eclesial no ha ayudado a hacer este proceso del que venimos hablando porque ni siquiera ha visto el matrimonio como proceso dinámico sino como estado sacralizado que había que mantener a toda costa: **“Durante mucho tiempo creímos que con sólo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas. Tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida. También nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas”**³⁵.

El sacramento del matrimonio

Después de lo dicho ¿qué pone de relieve el sacramento del matrimonio?³⁶ Trascibamos de nuevo el texto del papa Francisco sobre la alianza esponsal: “La alianza esponsal, inaugurada en la creación y revelada en la historia de la salvación, recibe la plena revelación de su significado en Cristo y en su Iglesia. De Cristo, mediante la Iglesia, el matrimonio y la familia reciben la gracia necesaria para testimoniar el amor de Dios y vivir la vida de comunión. El Evangelio de la familia atraviesa la historia del mundo, desde la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27) hasta el cumplimiento del misterio de la Alianza en Cristo al final de los siglos con las bodas del Cordero (cf. Ap 19,9)”³⁷.

34. AL 37

35. AL 63, cf 67

Esto lo trata satisfactoriamente Xavier Lacroix, Mensajero, Bilbao 1996, 85-107

37. AL 63, cf 67

Por eso aclara que el matrimonio cristiano es una vocación: “en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, la decisión de casarse y de crear una familia debe ser fruto de un discernimiento vocacional”. “En la acogida mutua, y con la gracia de Cristo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y además reconocen como elementos constitutivos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia”³⁸.

“El sacramento no es una «cosa» o una «fuerza», porque en realidad Cristo mismo ‘mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos (cf. *Gaudium et spes*, 48). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros’[66]. El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia en la Alianza sellada en la cruz, sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos. Al unirse ellos en una sola carne, representan el desposorio del Hijo de Dios con la naturaleza humana. Por eso ‘en las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero’[67]. Aunque ‘la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia’ es una ‘analogía imperfecta’[68], invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales”³⁹.

Primero, negativamente, el papa insiste en que el sacramento no es una cosa, una fuerza, es decir, una fuerza cosificada. Es una relación: su sustancia es la relación de amor de los esposos. Ella representa, simboliza y contiene, aunque imperfectamente, es decir, en la medida del don recibido y de la fidelidad a él de los esposos, la entrega de Jesús de Nazaret a la Iglesia, en definitiva, a la humanidad. Por eso en el sacramento los ministros son ellos y no el cura⁴⁰. Y la forma del sacramento, es decir, lo que lo realiza, son las palabras de entrega mutua que se dicen⁴¹.

38. AL 72

39. AL 73

40. “Según la tradición latina de la Iglesia, en el sacramento del matrimonio los ministros son el varón y la mujer que se casan[70], quienes, al manifestar su consentimiento y expresarlo en su entrega corpórea, reciben un gran don. Su consentimiento y la unión de sus cuerpos son los instrumentos de la acción divina que los hace una sola carne” (AL 75)

41. “La Iglesia puede exigir la publicidad del acto, la presencia de testigos y otras condiciones que han ido variando a lo largo de la historia, pero eso no quita a los dos que se casan su carácter de ministros del sacramento ni debilita la centralidad del consentimiento del varón y la mujer, que es lo que de por sí establece el vínculo sacramental” (id)

Ahora bien, esa entrega de los esposos está fortalecida por la entrega de Jesús de Nazaret a ellos, entrega, que, si se recibe, fortalece y consolida la de los esposos para que llegue a alcanzar su misma gratuidad, incondicionalidad y fecundidad y para que esa entrega sostenga la de los esposos en los momentos de crisis.

Por eso los esposos en su mutua entrega, una entrega en la debilidad de la carne, pero en cuanto es posible, gratuita, incondicional y abierta, hacen presente en el mundo ese amor redentor y humanizador de Jesús.

Naturalmente que esto acontece siempre que hay amor del bueno, que en el fondo significa, siempre que los esposos, aunque no sean cristianos o no se hayan casado por la Iglesia, se dejan mover por el Espíritu de Jesús⁴². Pero los seres humanos somos animales simbólicos y por eso ese símbolo del matrimonio, puesto con toda verdad y cultivado humilde y deseosamente, incrementa el amor y lo purifica y lo coloca conscientemente en ese horizonte trascendente. Todo eso contribuye a cultivarlo y consolidarlo.

Además del compromiso que entraña la publicidad: el compromiso contraído ante la comunidad cristiana y de la oración de ella por ellos. “Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión, para que la gracia recibida se manifieste nuevamente en cada nueva situación”⁴³.

Pero, insistamos, el amor de los esposos está sostenido por el amor de Jesús de Nazaret a su Iglesia, derramado sobre ellos, no de una vez por todas sino actualmente en cada coyuntura de su vida. “Recordemos a los matrimonios que realizan tanto la Iglesia como la alianza entre Cristo y su Iglesia *que pueden y deben contar con la gracia recibida*. Esto es precisamente hablar de la sacramentalidad del matrimonio”⁴⁴.

42. “Podemos decir que «toda persona que quiera traer a este mundo una familia, que enseñe a los niños a alegrarse por cada acción que tenga como propósito vencer el mal —una familia que muestra que el Espíritu está vivo y actuante— encontrará gratitud y estima, no importando el pueblo, o la religión o la región a la que pertenezca” (AL 77)

43. AL 74

44. Daelemans, oc 126

CULTIVO DEL AMOR CONYUGAL EN LA FAMILIA

En la exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia* el papa Francisco desglosa muy pormenorizadamente lo que implica el amor entre los cónyuges y en la familia. Por eso dice a los cónyuges: **“no podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar”**⁴⁵. Merece la pena leer con detenimiento esos capítulos centrales que sirven, tanto para delinear con toda la concreción del caso el horizonte real de este amor, como para discernir situaciones complicadas que se presenten, como para acompañar provechosamente el diario caminar⁴⁶.

Ante todo, hay que hacerse cargo de que el amor entre los esposos, al ser una entrega, en principio total y libre, comandada por lo más profundo y genuino de la persona, encierra muchos armónicos, que se ejercitan más o menos en las diversas ocasiones, pero que deben mantenerse siempre referidos al conjunto, al núcleo último de cada persona. “Es una ‘unión afectiva’ [116], espiritual y oblativa, pero que recoge en sí la ternura de la amistad y la pasión erótica, aunque es capaz de subsistir aun cuando los sentimientos y la pasión se debiliten”⁴⁷.

Este amor contiene en sí lo mejor de una verdadera amistad; pero con un armónico que lo caracteriza: la exclusividad y perdurabilidad, que no impide las demás amistades, porque no es más que la consecuencia de una mutua entrega que quiere ser total y para siempre y por tanto es abierta. “Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio agrega a todo ello una exclusividad indisoluble, que se expresa en el proyecto estable de compartir y construir juntos toda la existencia”⁴⁸.

Esa mutua entrega total, que se mantiene siempre como libre, es la culminación de la realización humana. Pero precisamente por eso, está apoyada por ese Dios que es amor, ya que esa entrega constituye la imagen divina entre los seres humanos. “Que ese amor pueda atravesar todas las pruebas y mantenerse fiel en contra de todo, supone el don de la gracia que lo fortalece y lo eleva”⁴⁹.

45. AL 89.

46. Con un estilo fresco y concreto, como el del papa Francisco, Xavier Lacroix presenta el sentido, la posibilidad y el contenido humanizador del amor en el matrimonio (*El matrimonio*. Mensajero, Bilbao 1996, 11-49). Ver también Guerrero, Mucho más que dos. Sal Terrae, Maliaño 2016, 73-88.

47. AL 120.

48. AL 123.

49. AL 124.

Esa práctica del amor produce alegría, una alegría que puede convivir con dolores, tensiones y sufrimientos, más aún, que se afianza en ellos. Una alegría completamente heterogénea de esta sociedad de consumo, que sólo puede proporcionar placer y satisfacción, pero no alegría, porque ésta sólo se da con la salida de sí para procurar el bien concreto del otro en el que se vive el propio bien. “La alegría matrimonial, que puede vivirse aun en medio del dolor, implica aceptar que el matrimonio es una necesaria combinación de gozos y de esfuerzos, de tensiones y de descanso, de sufrimientos y de liberaciones, de satisfacciones y de búsquedas, de molestias y de placeres, siempre en el camino de la amistad, que mueve a los esposos a cuidarse”⁵⁰. “En la sociedad de consumo (...) todo está para ser comprado, poseído o consumido; también las personas. La ternura, en cambio, es una manifestación de este amor que se libera del deseo de la posesión egoísta. Nos lleva a vibrar ante una persona con un inmenso respeto y con un cierto temor de hacerle daño o de quitarle su libertad. El amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal, que existe más allá de mis necesidades”⁵¹.

Desde esa entrega, que afianza sus contornos en la cotidianidad, se aprende a mirar al otro, por una parte, concretamente, viendo muy desnudamente sus limitaciones, incluso su deterioro por el paso de la edad; pero, en esa concreción, se es capaz de percibir a un ser digno, que es fin en sí mismo, que no puede ser utilizado, sino que tiene que ser atendido. “La experiencia estética del amor se expresa en esa mirada que contempla al otro como un fin en sí mismo, aunque esté enfermo, viejo o privado de atractivos sensibles”⁵².

Al persistir esa mirada de volcamiento hacia el otro como bien de uno, la vida llega a convertirse en un único camino de dos, que ha de ser constantemente activado. “Optar por el matrimonio de esta manera, expresa la decisión real y efectiva de convertir dos caminos en un único camino, pase lo que pase y a pesar de cualquier desafío”⁵³. “Por eso, los gestos que expresan ese amor deben ser constantemente cultivados, sin mezquindad, llenos de palabras generosas”⁵⁴. “Todo esto se realiza en un camino de permanente crecimiento. Esta forma tan particular de amor que es el matrimonio, está llamada a una constante maduración”⁵⁵.

51. AL 126

52. AL 127

53. AL 128

54. AL 132

55. AL 133

Como el modo humano de ser es ser siendo, es contraproducente fingir el matrimonio como una unión perfecta cristalizada de golpe para siempre. Hay que contar con tanteos constantes, imperfecciones y el esfuerzo, renovado una y otra vez, por amar fielmente. “No hacen bien algunas fantasías sobre un amor idílico y perfecto, privado así de todo estímulo para crecer (...) Es más sano aceptar con realismo los límites, los desafíos o la imperfección, y escuchar el llamado a crecer juntos, a madurar el amor y a cultivar la solidez de la unión, pase lo que pase”⁵⁶.

Si al analizar la situación constatábamos que en nuestro país el diálogo entre los esposos y más generalmente en la familia no es una posibilidad culturalmente establecida, tenemos que poner en toda su amplitud el horizonte del diálogo familiar y ante todo esponsal. Así lo reconoce el papa: “El diálogo es una forma privilegiada e indispensable de vivir, expresar y madurar el amor en la vida matrimonial y familiar. Pero supone un largo y esforzado aprendizaje”⁵⁷.

En primer lugar, tienen que darse tiempo para escucharse de tal modo que cada uno capte que el otro lo escucha realmente: “Darse tiempo, tiempo de calidad, que consiste en escuchar con paciencia y atención, hasta que el otro haya expresado todo lo que necesitaba. Esto requiere la ascesis de no empezar a hablar antes del momento adecuado (...) Muchas veces uno de los cónyuges no necesita una solución a sus problemas, sino ser escuchado”⁵⁸.

La respuesta tiene que ser en verdad dialogal, es decir tomando en cuenta la sensibilidad y la situación del otro y buscando siempre su bien y no salirse cada uno con la suya: “Nunca hay que restarle importancia a lo que diga o reclame, aunque sea necesario expresar el propio punto de vista (...) hay que tratar de ponerse en su lugar e interpretar el fondo de su corazón, detectar lo que le apasiona, y tomar esa pasión como punto de partida para profundizar en el diálogo”⁵⁹. “Es importante la capacidad de expresar lo que uno siente sin lastimar; utilizar un lenguaje y un modo de hablar que pueda ser más fácilmente aceptado o tolerado por el otro, aunque el contenido sea exigente”⁶⁰. Y para que sea más digerible para el otro lo que se le diga hay que “tener gestos de preocupación por el otro y demostraciones de afecto”⁶¹.

56. AL 135

57. AL 136

58. AL 137

59. AL 138

60. AL 139

61. AL 140

Ahora bien, para que el diálogo se mantenga vivo, estimulante y enriquecedor, cada uno tiene que cultivarse a sí mismo y estar proactivamente ante la realidad. En caso contrario, a la larga no hay nada que decir ni que decirse: **“Finalmente, reconozcamos que para que el diálogo valga la pena hay que tener algo que decir, y eso requiere una riqueza interior que se alimenta en la lectura, la reflexión personal, la oración y la apertura a la sociedad.** De otro modo, las conversaciones se vuelven aburridas e inconsistentes. Cuando ninguno de los cónyuges se cultiva y no existe una variedad de relaciones con otras personas, la vida familiar se vuelve endogámica y el diálogo se empobrece”⁶².

Al presentar la situación actual constatábamos que hoy es muy difícil concebir el amor y más aún madurarlo porque los medios de comunicación están saturados de sexo puro y duro. Esta impregnación ambiental hace mucho más difícil el trabajo, necesario en todo caso, sobre las pulsiones elementales para que lleguen a impregnarse de ternura y amor y así lo expresen con su propio lenguaje⁶³. Por eso es imprescindible tematizarlo en la relación de pareja. “Deseos, sentimientos, emociones, eso que los clásicos llamaban «pasiones», tienen un lugar importante en el matrimonio”⁶⁴. “Se puede hacer un hermoso camino con las pasiones, lo cual significa orientarlas cada vez más en un proyecto de autodonación y de plena realización de sí mismo, que enriquece las relaciones interpersonales en el seno familiar. No implica renunciar a instantes de intenso gozo[145], sino asumirlos como entretnejidos con otros momentos de entrega generosa, de espera paciente, de cansancio inevitable, de esfuerzo por un ideal. La vida en familia es todo eso y merece ser vivida entera”⁶⁵.

No se puede, pues, entender ni practicar la sexualidad como algo en sí, como un circuito cerrado. Y, sin embargo, hay que reconocer que de buenas a primeras se presenta como un mecanismo de carga y descarga casi automático. Por eso, insistimos, el trabajo por humanizarlo desde dentro, sin que pierda su espontaneidad: “el ser humano ‘está llamado a la plena y madura espontaneidad de las relaciones’, que ‘es el fruto gradual del discernimiento de los impulsos del propio corazón’[149]. Es algo que se conquista, ya que todo ser humano ‘debe aprender con perseverancia y coherencia lo que es el significado del cuerpo’. [150] La sexualidad no es un recurso para gratificar o entretener, ya que es un lenguaje interpersonal donde el otro es tomado en serio, con su sagrado e in-

62. AL 141

63. Para el tratamiento pormenorizado y coherente de lo pulsional en la relación de pareja desde el punto de vista sicoanalítico y desde un horizonte cristiano ver Domínguez Morano, “Enamoramiento y pareja. En *Los registros del deseo*. Desclée de Brouwer, Bilbao 2001,113-143

64. AL 143.

65. AL 148.

violable valor (...) la corporeidad sexuada ‘es no sólo fuente de fecundidad y procreación’, sino que posee ‘la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don’⁶⁶.

Es preciso este proceso porque, “de ninguna manera podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como un peso a tolerar por el bien de la familia, sino como don de Dios que embellece el encuentro de los esposos”⁶⁷.

Ahora bien, el procesamiento es imprescindible porque “no podemos ignorar que muchas veces la sexualidad se despersonaliza y también se llena de patologías, de tal modo que ‘pasa a ser cada vez más ocasión e instrumento de afirmación del propio yo y de satisfacción egoísta de los propios deseos e instintos’⁶⁸. Por eso, “es importante ser claros en el rechazo de toda forma de sometimiento sexual”⁶⁹. Hay que estar siempre serenamente sobre aviso: “Recordemos que un verdadero amor sabe también recibir del otro, es capaz de aceptarse vulnerable y necesitado, no renuncia a acoger con sincera y feliz gratitud las expresiones corpóreas del amor en la caricia, el abrazo, el beso y la unión sexual (...) Esto supone, de todos modos, recordar que el equilibrio humano es frágil, que siempre permanece algo que se resiste a ser humanizado y que en cualquier momento puede desbocarse de nuevo, recuperando sus tendencias más primitivas y egoístas”⁷⁰.

Hemos explicitado en el análisis de la situación que con cierta frecuencia el varón, al ver que la compañera ya no tiene la lozanía de la juventud e incapaz de admitir que lo mismo le sucede a él, la abandona y se junta con una jovencita. Por eso hay que tematizar esta novedad epocal, que exige tomar conciencia del paso de los años y cómo vivir el amor en coherencia con esa realidad del desgaste, sabiendo ver, complementariamente las valiosísimas adquisiciones: “La prolongación de la vida hace que se produzca algo que no era común en otros tiempos: la relación íntima y la pertenencia mutua deben conservarse por cuatro, cinco o seis décadas, y esto se convierte en una necesidad de volver a elegirse una y otra vez. Quizás el cónyuge ya no está apasionado por un deseo sexual intenso que le mueva hacia la otra persona, pero siente el placer de pertenecerle y que le pertenezca, de saber que no está solo, de tener un ‘cómplice’, que conoce todo de su vida y de su historia y que comparte todo. **Es el compañero**

66. AL 151

67. AL 152

68. AL 153

69. AL 156

70. AL 157

en el camino de la vida con quien se pueden enfrentar las dificultades y disfrutar las cosas lindas⁷¹. Porque, si lo miramos bien, “alguien se enamora de una persona entera con una identidad propia, no sólo de un cuerpo, aunque ese cuerpo, más allá del desgaste del tiempo, nunca deje de expresar de algún modo esa identidad personal que ha cautivado el corazón”⁷².

LA APERTURA A LOS HIJOS Y SU EDUCACIÓN, LA RELACIÓN FILIAL Y FRATERNA, LA FAMILIA AMPLIA, LA APERTURA A LA FAMILIA HUMANA

La familia no es, como se pretendió, para asegurar que siga la especie. No podemos convalidar lo que decía la moral tradicional: que el fin primario del matrimonio es la procreación y la educación de la prole, siendo su fin secundario la ayuda mutua y el remedio de la concupiscencia. Eso ha pasado así durante muchos siglos, pero no hace justicia ni a la constitución humana ni al plan de Dios. Para Jesús Dios es el que une a una mujer y un varón para que sean una misma carne, para que, a impulsos del amor, lleguen a componer un nosotros en el que se conserven trascendidos los yos, un nosotros abierto y fecundo a imagen de la comunidad divina. Esto significa que el amor, si es del bueno, es trascendente, y lleva a cada uno a salir de sí y dar de sí. Por eso, tampoco se reduce a la mera complacencia, visión rebajada del amor, mientras dure. El amor es fundamentalmente abierto y por eso los hijos están en su horizonte.

Pero según ese plan, si el amor trascendente, es lo que tiene que llevar la voz cantante, con todos los armónicos: desde el diálogo al aguantar los trabajos y los días, pasando por la ternura, la comprensión mutua y la pasión. Por eso los hijos en el matrimonio tienen que ser hijos de amor. No tiene sentido postular que o no tienen que tener relaciones o tienen que vivir abiertos a todos los hijos que salgan de ellas mientras que la mujer sea fértil. Los hijos no pueden ser un subproducto. Los hijos tienen que quererse y desearse y buscarse expresamente. Aunque también es verdad que vienen cuando vienen. Y hay que recibirlos. Y eso forma parte de la apertura del amor⁷³.

Ahora bien, si las horas del día y la capacidad de atención y las fuerzas son limitadas, hacer lugar a los hijos requiere encogerse, es decir, dar menos espacio y atención a otras relaciones y tareas. Significa que mi yo, mis apetencias, las demandas del cónyuge, la vida social y los requerimientos del mercado no

72. AL 164

73. Gerrero, “Perspectiva pastoral de la paternidad responsable”. En Mucho más que dos. Oc 113-127

pueden copar de hecho nuestras vidas. Los hijos descentran radicalmente. Hacer que lleguen a formar parte de ese nosotros que es el matrimonio significa una fase nueva y más densa de esa relación mutua y de ese amor. Ahora la atención se descentra radicalmente, no se da, sobre todo, en el cara a cara, sino en el reconocer y recibir al que es fruto de su relación, pero que es otro, otro autónomo, que los esposos tienen que querer que dé de sí y no que cumpla sus sueños. Naturalmente que ya antes, si el amor era de buena ley, tenían que abrirse al mundo y responder a sus demandas, y eso supone un descentramiento muy radical, pero éste es más íntimo porque el hijo es una existencia puesta por ellos en el mundo, que sale de sí, en el doble sentido de que ellos son su fuente y que lo que ha brotado de ellos tiene que mantenerse ante ellos libre de ellos. Es la imagen de la relación creadora de Dios. Dios no nos crea al modo de la causalidad eficiente, como se fabrica una mesa o un edificio, sino mediante una relación constante de amor que pone fuera de sí a alguien distinto de él y lo mantiene en su presencia, libre de él. Del mismo modo los padres son para el hijo, no él para ellos; aunque, al ser hijo de amor, lo normal es que los ame y que conviva con ellos, dando de sí. Pero en los primeros años son, sobre todo, ellos los que tienen que dar y darse. Ello supone llevar su amor a algo inédito: a servir otra vida, más allá de sí, pero, insistimos, brotando de sí.

El papa Francisco explicita que, como los hijos son fruto de amor, son, no sólo algo nacido de lo más genuino de los padres sino, más en el fondo aún, don de Dios: “La familia es el ámbito no sólo de la generación sino de la acogida de la vida que llega como regalo de Dios (...) Esto nos refleja el primado del amor de Dios que siempre toma la iniciativa, porque los hijos ‘son amados antes de haber hecho algo para merecerlo’”⁷⁴.

Por eso le dice a la embarazada: “A cada mujer embarazada quiero pedirle con afecto: Cuida tu alegría, que nada te quite el gozo interior de la maternidad. Ese niño merece tu alegría. No permitas que los miedos, las preocupaciones, los comentarios ajenos o los problemas apaguen esa felicidad de ser instrumento de Dios para traer una nueva vida al mundo” (171)

El papa desglosa muy perspicazmente, cómo los niños, además del cuidado, reciben signos de ese amor del que proceden, un amor, pues, constante que se refracta de múltiples modos: “Los niños, apenas nacidos, comienzan a recibir como don, junto a la comida y los cuidados, la confirmación de las cualidades espirituales del amor. Los actos de amor pasan a través del don del nombre per-

74. AL 166

sonal, el lenguaje compartido, las intenciones de las miradas, las iluminaciones de las sonrisas. Aprenden así que la belleza del vínculo entre los seres humanos apunta a nuestra alma, busca nuestra libertad, acepta la diversidad del otro, lo reconoce y lo respeta como interlocutor [...] y esto es amor, que trae una chispa del amor de Dios' (...) No se trata sólo del amor del padre y de la madre por separado, sino también del amor entre ellos, percibido como fuente de la propia existencia, como nido que acoge y como fundamento de la familia"⁷⁵.

Estas muestras de amor no se pueden omitir, ni siquiera por el cumplimiento del deber o la realización individual. Hay que compatibilizar ambas dimensiones: "El sentimiento de orfandad que viven hoy muchos niños y jóvenes es más profundo de lo que pensamos. Hoy reconocemos como muy legítimo, e incluso deseable, que las mujeres quieran estudiar, trabajar, desarrollar sus capacidades y tener objetivos personales. Pero, al mismo tiempo, no podemos ignorar la necesidad que tienen los niños de la presencia materna, especialmente en los primeros meses de vida"⁷⁶. Es imprescindible la presencia de ambos progenitores: "Hay roles y tareas flexibles, que se adaptan a las circunstancias concretas de cada familia, pero la presencia clara y bien definida de las dos figuras, femenina y masculina, crea el ámbito más adecuado para la maduración del niño"⁷⁷.

También el padre tiene un papel imprescindible y característico: "Dios pone al padre en la familia para que, con las características valiosas de su masculinidad, 'sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías y dolores, cansancios y esperanzas. Y que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando están despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. Decir presente no es lo mismo que decir controlador. Porque los padres demasiado controladores anulan a los hijos'[197]. Algunos padres se sienten inútiles o innecesarios, pero la verdad es que 'los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan'[198]. No es bueno que los niños se queden sin padres y así dejen de ser niños antes de tiempo"⁷⁸.

El amor de los padres a los hijos se ejercita en su educación. Ésta no puede entregarse a la escuela, a los medios de comunicación ni a la computadora y

75. AL 172

76. AL 173

77. AL 175

78. AL 177

el teléfono inteligente y las redes. Ellos tienen un papel insustituible, no como controladores, sino ayudando a que lo procesen todo y a que aprendan a seleccionar y a prescindir de lo reconocido con esa ayuda como nocivo: “no se debe dejar de preguntarse quiénes se ocupan de darles diversión y entretenimiento, quiénes entran en sus habitaciones a través de las pantallas, a quiénes los entregan para que los guíen en su tiempo libre. Sólo los momentos que pasamos con ellos, hablando con sencillez y cariño de las cosas importantes, y las posibilidades sanas que creamos para que ellos ocupen su tiempo, permitirán evitar una nociva invasión”⁷⁹. “Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía”⁸⁰.

La educación es siempre y en el fondo educación de la libertad, que incluye la liberación de la libertad, que supere radicalmente hacer meramente lo que le da la gana o le genera placer o satisfacción: “Es inevitable que cada hijo nos sorprenda con los proyectos que broten de esa libertad, que nos rompa los esquemas, y es bueno que eso suceda. La educación entrena la tarea de promover libertades responsables, que opten en las encrucijadas con sentido e inteligencia”⁸¹. “La formación moral debería realizarse siempre con métodos activos y con un diálogo educativo que incorpore la sensibilidad y el lenguaje propio de los hijos. Además, esta formación debe realizarse de modo inductivo, de tal manera que el hijo pueda llegar a descubrir por sí mismo la importancia de determinados valores, principios y normas, en lugar de imponérselos como verdades irrefutables”⁸².

Un aspecto imprescindible y particularmente difícil hoy es llevar a los hijos a que reconozcan cuando han hecho mal y ofendido o lastimado a otros; que reconozcan y se responsabilicen: “Es importante orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás”⁸³. “La corrección es un estímulo cuando también se valoran y se reconocen los esfuerzos y cuando el hijo descubre que sus padres mantienen viva una paciente confianza”⁸⁴.

Un aspecto particularmente hermoso y humanizador de la educación es iniciar a los hijos en la fe cristiana hasta hacer de la familia una verdadera Iglesia doméstica⁸⁵ de manera que, además de la unión amorosa de que hemos hablado,

79. AL 260

80. AL 261

81. AL 262

82. AL 264

83. AL 268

84. AL 269

85. Kasper, oc 47-55

se unan por el seguimiento compartido a Jesús de Nazaret, por ayudarse a ser mejores hijos de Papadios y a ser hermanos de todos⁸⁶. Entonces la unión de la familia es mucho más fuerte, dinámica y abierta: “El ejercicio de transmitir a los hijos la fe, en el sentido de facilitar su expresión y crecimiento, ayuda a que la familia se vuelva evangelizadora, y espontáneamente empiece a transmitirla a todos los que se acercan a ella y aun fuera del propio ámbito familiar”⁸⁷. “La familia se convierte en sujeto de la acción pastoral mediante el anuncio explícito del Evangelio y el legado de múltiples formas de testimonio, entre las cuales: la solidaridad con los pobres, la apertura a la diversidad de las personas, la custodia de la creación, la solidaridad moral y material hacia las otras familias, sobre todo hacia las más necesitadas, el compromiso con la promoción del bien común, incluso mediante la transformación de las estructuras sociales injustas, a partir del territorio en el cual la familia vive, practicando las obras de misericordia corporal y espiritual (...) Todos deberíamos ser capaces de decir, a partir de lo vivido en nuestras familias: ‘Hemos conocido el amor que Dios nos tiene’ (1 Jn 4,16). Sólo a partir de esta experiencia, la pastoral familiar podrá lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad”⁸⁸.

Ahora bien, la familia no es sólo padres e hijos; es mucho más amplia y así hay que vivirla: “El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada, donde están los padres, los tíos, los primos, e incluso los vecinos. En esa familia grande puede haber algunos necesitados de ayuda, o al menos de compañía y de gestos de afecto, o puede haber grandes sufrimientos que necesitan un consuelo[208]. El individualismo de estos tiempos a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto. Sin embargo, ese aislamiento no brinda más paz y felicidad, sino que cierra el corazón de la familia y la priva de la amplitud de la existencia”⁸⁹.

Los hijos crecen, adquieren autonomía y acaban saliendo de la casa paterna e incluso iniciando una nueva familia. Todo esto tiene pleno sentido. Pero, los hijos en esas nuevas situaciones tienen que seguir siendo hijos, aunque tienen

86. Esto hay que tomarlo en un sentido propio: “en él se hace presente la Iglesia; el matrimonio en la medida de la propia realización de su ser: como matrimonio válido, santificado por la gracia, vivido santamente-, es en realidad la comunidad más pequeña, pero verdadera, comunidad de los redimidos y santificados, cuya unidad debe edificar sobre el mismo fundamento sobre el que está fundamentada la Iglesia: es, en una palabra, la más pequeña, pero verdadera Iglesia particular” (Rahner, citado por Daelmans, “El matrimonio, signo eficaz, creativo, doméstico, bautismal y profético”. En *La familia a la luz de la misericordia*. Sal Terrae, Maliaño 2015,114

87. AL 189

88. AL 190

89. AL 187

que buscar cómo serlo: “A nadie le hace bien perder la conciencia de ser hijo (...) Todos somos hijos. Y esto nos reconduce siempre al hecho de que la vida no nos la hemos dado nosotros mismos sino que la hemos recibido. El gran don de la vida es el primer regalo que nos ha sido dado”⁹⁰.

Esto es crucial porque: “el vínculo virtuoso entre las generaciones es garantía de futuro, y es garantía de una historia verdaderamente humana”⁹¹. Lo primero que hay que aprender a componer es el salir verdaderamente (no sólo materialmente) de la casa para formar otra y a la vez no abandonar a los progeñitores: “Los padres no deben ser abandonados ni descuidados, pero para unirse en matrimonio hay que dejarlos, de manera que el nuevo hogar sea la morada, la protección, la plataforma y el proyecto, y sea posible convertirse de verdad en ‘una sola carne’”⁹².

Siempre, pero mucho más en nuestro caso venezolano y sobre todo a nivel popular, es crucial el papel de los abuelos y, particularmente, de la abuela: “Muchas veces son los abuelos quienes aseguran la transmisión de los grandes valores a sus nietos, y ‘muchas personas pueden reconocer que deben precisamente a sus abuelos la iniciación a la vida cristiana’ [216]. Sus palabras, sus caricias o su sola presencia, ayudan a los niños a reconocer que la historia no comienza con ellos, que son herederos de un viejo camino y que es necesario respetar el trasfondo que nos antecede”⁹³.

Ahora bien, para que la familia no se degrade a una corporación, es crucial la apertura a los demás: “el vínculo de fraternidad que se forma en la familia entre los hijos, si se da en un clima de educación abierto a los demás, es una gran escuela de libertad y de paz. En la familia, entre hermanos, se aprende la convivencia humana [...] Tal vez no siempre somos conscientes de ello, pero es precisamente la familia la que introduce la fraternidad en el mundo”⁹⁴.

Ahora bien, para que la familia sea escuela de fraternidad universal ha de cultivarse esmeradamente entre los hermanos. Esto es particularmente importante entre nosotros: “Crecer entre hermanos brinda la hermosa experiencia de cuidarnos, de ayudar y de ser ayudados (...) pero hay que enseñar con paciencia a los hijos a tratarse como hermanos. Ese aprendizaje, a veces costoso, es una verdadera escuela de sociabilidad”⁹⁵.

90. AL 188

91. AL 189

92. AL 190

93. AL 192

94. AL 194

95. AL 195

Porque, insistimos, si hay amor del bueno, el amor a los hijos y a los consanguíneos no puede encerrar a la familia en sí misma. La misma dinámica del amor que los ha llevado a abrir el cara a cara a los nacidos de ese amor es la que debe llevar a la familia a abrirse a la sociedad para ejercitar en ella ese mismo amor diferenciadamente: “La familia no debe pensar a sí misma como un recinto llamado a protegerse de la sociedad. No se queda a la espera, sino que sale de sí en la búsqueda solidaria. Así se convierte en un nexo de integración de la persona con la sociedad y en un punto de unión entre lo público y lo privado. Los matrimonios necesitan adquirir una clara y convencida conciencia sobre sus deberes sociales”⁹⁶. “Un matrimonio que experimente la fuerza del amor, sabe que ese amor está llamado a sanar las heridas de los abandonados, a instaurar la cultura del encuentro, a luchar por la justicia. Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer ‘doméstico’ el mundo[205], para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano”⁹⁷.

96. AL 181

97. AL 183

3 ¿QUÉ HACER CUANDO LA RELACIÓN SE DETERIORA IRREVERSIBLEMENTE O SE QUIEBRA?

Ahora bien, ¿qué pasa cuando un cónyuge quiere dirigirse a esa meta y el otro no? ¿Tienen necesariamente que separarse o cabe esa relación asimétrica, con la esperanza abierta de que el otro acabará entregándose del mismo modo? ¿Qué hacer cuando lo que parecía empezar bien se ve que no funciona porque la convivencia es un desencuentro permanente o porque por infidelidad constante o por diversos tipos de violencia se ha vuelto un infierno⁹⁸ o se rompió por parte de uno o de común acuerdo?⁹⁹. En todo caso tenemos que afirmar que “debido a la fidelidad misericordiosa de Dios, *no existe situación humana que esté absolutamente privada de esperanza y de solución*”¹⁰⁰.

La regla general y el caso concreto: el texto evangélico básico y las excepciones

Como hemos asentado desde el comienzo, las cosas son bastante complejas y no basta con enunciar principios generales. Así lo expresa el papa Francisco: **“Es mezquino detenerse sólo a considerar si el obrar de una persona responde o no a una ley o norma general, porque eso no basta para discernir y asegurar una plena fidelidad a Dios en la existencia concreta de un ser humano”**. Después de citar extensamente a santo Tomás, concluye: **“Es verdad que las normas generales presentan un bien que nunca se debe desatender ni descuidar, pero en su formulación no pueden abarcar absolutamente todas las situaciones particulares. Al mismo tiempo, hay que decir que, precisamente por esa razón, aquello que forma parte de un discernimiento práctico ante una situación particular no puede ser elevado a la categoría de una norma”**¹⁰¹. Citando a la Comisión Teológica Internacional, agrega: “la ley natural no debería ser presentada como un conjunto ya constituido de reglas que se imponen a priori al sujeto moral, sino más bien una fuente de inspiración objetiva para su proceso, eminentemente personal, de toma de decisión”¹⁰².

98. Sobre la violencia machista, una actuación absolutamente intolerable y demasiado frecuente, ver Guerrero, Mucho más que dos, oc 129-139

99. Para haberse publicado la edición francesa el 1994, el libro El matrimonio, de Xavier Lacroix, va lo más allá que era pensable entonces y en las páginas finales contiene el mismo espíritu que el documento postsinodal del papa Francisco en que nos apoyamos (oc 117-128). Ver también el libro citado de Kasper (oc 57-73), muy afín a la *Amoris Letitia*.

101. *Kasper* oc 59

102. *AL* 304

Resulta claro que no basta con asentar que el matrimonio es indisoluble. Es indispensable discernir la situación concreta. “La pastoral y la misericordia no se oponen a la justicia, sino que, por así decirlo, son la justicia suprema, porque detrás de cada causa perciben no sólo un caso que hay que examinar desde la óptica de una norma general, sino a una persona humana que, como tal, nunca puede representar un ‘caso’ y posee siempre una dignidad única”¹⁰³.

El problema no es nuevo; se vio desde el comienzo del cristianismo. Por eso dos décadas después de morir Jesús, Pablo se creyó autorizado a poner una excepción y a razonarla. Dice que los matrimonios que existían antes de hacerse cristiano uno de los cónyuges siguen siendo válidos. Pero, a pesar de eso, concede que, si el no cristiano quiere separarse, el cristiano queda libre. La razón que alega no es coyuntural, es decir, referida a ese caso concreto, sino de fondo: Dios es un Dios de paz y nos ha llamado a la paz (1Cor 7,15). Esto implicaría que en cualquier situación en la que la relación ha llegado a convertirse en un infierno, se puede dar por disuelto el vínculo.

Una generación después del texto básico de Marcos que comentamos, la comunidad de Mateo se cree autorizada a poner en boca de Jesús una excepción al dicho de Jesús sobre la indisolubilidad, que en Marcos es absoluto. Mateo añade a Marcos: “*me epi forneia*”, literalmente “no en caso de fornicación”, que, obviamente no puede entenderse como fornicación simple, pero que hace ver que puede darse el caso de que la unión tenga que ser disuelta (19,9).

Las dos vertientes del caso más frecuente

La presunción siempre tiene que estar a favor de mantener la unión. Pero hay casos, dos aparecen en el Nuevo Testamento, en que lo recomendable es la disolución. El otro caso más obvio es el del matrimonio en que uno de los cónyuges abandona al otro y desaparece¹⁰⁴. ¿Está obligado el otro a mantener el vínculo cuando el otro lo ha abandonado definitivamente?

Repetimos que lo sagrado es la relación de entrega incondicional. Pero cuando ha sido desechada y el que la rompió ha contraído otro matrimonio y vive con su nueva esposa y con los hijos nacidos de ella, desechando todo lo anterior, la otra parte ¿tiene que quedarse sola? El cristianismo ¿no tiene nada que decir a estas personas?¹⁰⁵ Incluso el que obró mal ¿no puede volver sobre sí

103. Kasper oc 63-64, 89-92

104. “Está el caso de los que han hecho grandes esfuerzos para salvar el primer matrimonio y sufrieron un abandono injusto” (AL 298)

105. “Está el caso de los que han hecho grandes esfuerzos para salvar el primer matrimonio y sufrieron un abandono injusto” (AL 298)

y rehacer su vida con la persona que está viviendo? Y la persona que sin culpa se vio burlada ¿no puede intentarlo de nuevo?

El papa Francisco lo formula así, sin distinguir entre el culpable y el inocente¹⁰⁶: “Existe el caso de una segunda unión consolidada en el tiempo, con nuevos hijos, con probada fidelidad, entrega generosa, compromiso cristiano, conocimiento de la irregularidad de su situación y gran dificultad para volver atrás sin sentir en conciencia que se cae en nuevas culpas”¹⁰⁷. Es claro que si el culpable del abandono vive establemente con su nueva compañera y tiene hijos y los están educando, no puede abandonarla sin caer en culpa. Lo que hizo con el primer matrimonio estuvo mal. Y él lo reconoce. Pero esa persona ¿seguirá marcada por esa primera unión, de manera que todo lo que está haciendo ahora siga siendo pecado, a pesar de que ama y es fiel y está educando a sus hijos y cumpliendo sus deberes sociales?

Para el papa la Iglesia sí tiene una palabra para ellos: “Con el enfoque de la pedagogía divina, la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto: pide para ellos la gracia de la conversión; les infunde valor para hacer el bien, para hacerse cargo con amor el uno del otro y para estar al servicio de la comunidad en la que viven y trabajan [...] Cuando la unión alcanza una estabilidad notable mediante un vínculo público —y está connotada de afecto profundo, de responsabilidad por la prole, de capacidad de superar las pruebas— puede ser vista como una oportunidad para acompañar hacia el sacramento del matrimonio, allí donde sea posible”¹⁰⁸. Por ejemplo, porque el primero fue declarado nulo por falta de sujeto o porque el sí que dio era claramente condicional a que le fuera bien.

Donde no es posible ¿no será posible recibir la comunión, sobre todo si, como conocemos muchos casos, se la desea ardientemente, más aún, si se la necesita? El papa Francisco pone la premisa fundamental: “Igualmente destaco que la Eucaristía ‘no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles’”¹⁰⁹.

Tomemos el caso más drástico en que un cónyuge por mera falta de consistencia deja al otro y se pone a vivir con otra persona hasta que en esta segunda ocasión el amor se consolida, porque lo mal vivido le ayuda a no repetir errores.

106. Sobre los divorciados y vueltos a casar un tratamiento muy desde dentro y por eso mismo también muy evangélico, es el de Guerrero, “Compartir el pan”. En *La familia a la luz de la misericordia*, ocl 55-186. Sobre cómo afecta el divorcio a los hijos. Guerrero, *Mucho más que dos*, oc 195-200

107. AL 298

108. AL 78

109. AL 305, nota 351

En este caso dice el papa Francisco: “es posible que, en medio de una situación objetiva de pecado –que no sea subjetivamente culpable o que no lo sea de modo pleno- se pueda vivir en gracia de Dios, se pueda amar y también se pueda crecer en la vida de la gracia y de la caridad recibiendo para ello la ayuda de la Iglesia”¹¹⁰. La pregunta obvia a los presbíteros es si tienen derecho a negar la comunión a una persona que está en gracia y la pide y la necesita.

Volviendo a la conciencia que según el Vaticano II, que el papa Francisco cita, “es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla” (GS 16), la persona “puede reconocer con sinceridad y honestidad aquello que, por ahora, es la respuesta generosa que se puede ofrecer a Dios y descubrir con cierta seguridad moral que esa es la entrega que Dios mismo está reclamando en medio de la complejidad concreta de los límites, aunque todavía no sea plenamente el ideal objetivo”¹¹¹. Si tomamos en cuenta la situación tan deletérea que esbozamos en la primera parte, el que esa persona se esfuerce en esta segunda vez en dar lo mejor de sí y ayudar a que la pareja haga lo mismo, no es poca cosa, más aún, puede llegar a ser algo heroico. Si, como tanto insiste el papa, la vida humana y en concreto el amor esponsal es un proceso arduo, imposible sin la gracia de Dios, el que en este segundo intento se dé es signo de que existe esa gracia y se la obedece.

Obviamente que, si en vez de reconocer que no obró bien y que ahora está tratando de hacerlo con la gracia, “alguien ostenta un pecado objetivo como si fuese parte del ideal cristiano o quiere imponer algo diferente a lo que enseña la Iglesia (...) necesita volver a escuchar el anuncio del Evangelio y la invitación a la conversión”¹¹². Ahora bien, aun ése, insiste el papa, no debería ser excluido de la vida de la Iglesia, aunque sí de su pretensión de marcar la pauta.

Anotamos el hecho, bastante característico de nuestro medio, de mujeres que, al verse abandonadas por su marido, no quieren emprender una nueva aventura, sino que centran su amor en la educación de los hijos, que suele resultar muy personalizada e igualitaria, y en la participación, muy cualificada en actividades personalizadas en favor de lo demás e incluso en el desenvolvimiento muy cualificado de su profesión que suele tener un componente muy acusado de servicio social. Sienten lo que les falta, pero en ese ejercicio, subjetivamente compensatorio, aunque actuado objetivamente como valioso en sí mismo, van logrando una madurez humana bastante notable.

110. oc

111. AL 303

112. AL 297

Queda claro que hay una gradualidad en el modo concreto de vivir el amor sponsal según diversas situaciones que pueden y deben ser tipificadas. Aunque cada caso sea único y haya que discernirlo con cuidado¹¹³.

PROPONER REALMENTE LA PROPUESTA CRISTIANA

No podemos renunciar a proponer el matrimonio

De todos modos, en cualquier hipótesis, “los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano. Estaríamos privando al mundo de los valores que podemos y debemos aportar. Es verdad que no tiene sentido quedarnos en una denuncia retórica de los males actuales, como si con eso pudiéramos cambiar algo. Tampoco sirve pretender imponer normas por la fuerza de la autoridad. Nos cabe un esfuerzo más responsable y generoso, que consiste en presentar las razones y las motivaciones para optar por el matrimonio y la familia, de manera que las personas estén mejor dispuestas a responder a la gracia que Dios les ofrece”¹¹⁴.

No podemos resignarnos a la situación: dejaríamos de ser hermanos. Ni pasarnos maldiciéndola: con ello no arreglamos nada y nos desarreglamos nosotros. Tampoco adelantamos mucho si nos limitamos a denunciar o a tratar de imponer normas. Lo que tenemos que hacer es proponer con obras y palabras la buena nueva del matrimonio cristiano. Porque siempre será posible tender al amor gratuito e incondicional, aunque como punto de partida todavía se esté muy lejos de él. Pero si no se propone concretísimamente y como buena nueva, nunca se emprenderá el camino.

“El grado de responsabilidad no es igual en todos los casos, y puede haber factores que limitan la capacidad de decisión. Por lo tanto, al mismo tiempo que la doctrina se expresa con claridad, hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición”¹¹⁵.

Así pues, junto con proponer el horizonte, hay que evitar entenderlo como una vara para medir a los que quieren amar y para condenar a todos los que no lo

113. Molina; “Gradualidad del ser eclesial según Lumen Gentium y su posible aplicación al sacramento del matrimonio”. En *La familia a la luz de la misericordia*. Sal Terrae, Maliaño, 2015:127-152; ver sobre todo desde la página 141

114. AL 35

115. AL 79

viven a plenitud. Es un horizonte para desear, incluso para llegar a verlo como el más genuino, el que está a la altura del corazón humano y del designio de Dios para él. Cuanto más se lo acaricie, más podrá deseárselo e intentar más de veras dirigirse hacia él y superar los obstáculos, múltiples, que se va a encontrar en el camino. Incluso es importante que ese horizonte se convierta en lazo de unión, en aspiración conjunta.

La propuesta cuando el ambiente era cristiano

Así pues, para pasar desde donde se está a esa propuesta cristiana lo primero que hay que hacer es proponerla haciendo ver su potencial humanizador. Los adultos mayores y bastantes adultos se encontraron al crecer con esta propuesta como la única, como la sancionada por la tradición, como la correcta y tal vez como una propuesta llena de sentido y capaz de llenar el corazón humano. Esto último no siempre estuvo presente, pero lo que nunca faltó fue la propuesta.

Podríamos sintetizarla diciendo que la diferencia entre la sexualidad humana y la animal es que en ésta el instinto es el que comanda todo, mientras que la humana está modulada por el amor y por eso tiende a una estabilidad desconocida en el mundo animal. La separación entre sexo y amor, el ejercicio de la sexualidad desligado del amor, tendía a verse como una degradación, como una animalización. De todos modos, como existía la fuerza compulsiva del instinto, se precisaba de una educación, en el sentido de una inducción concreta, para no dejarse dominar por él sino irlo trabajando pacientemente hasta que fuera un ingrediente de la expresión amorosa.

Para eso se requería quitar la carga enfermiza de tabuización del sexo y por el contrario presentarlo como un ingrediente humano que, como la comida o la bebida, había que controlar para que no domine al sujeto, sino que sea expresión genuina de él. El gusto de comer o beber es sano, mientras se mantenga en sus cauces; lo mismo debía ser considerado el ejercicio sexual.

Esto no siempre se presentó así. Había ambientes donde no estaba bien visto hablar del sexo, se asociaba siempre a algo sucio y por eso no siempre ni mucho menos se lograba una educación desprejuiciada y juiciosa sobre esta materia tan sensible.

Muchas veces era mucho más positiva y gustosa la educación indirecta de cantares, fiestas y bailes en los que este ingrediente estaba muy bien integrado con otros elementos humanos y que servían de cauce para hacer un camino suficientemente personalizado y a la vez, como debe ser, gustoso.

Hoy hay que proponerla como buena nueva en un ambiente que la niega

Sin embargo, hoy no podemos dar por supuesto este horizonte. No se suele presentar ni en la familia ni en la escuela ni en la catequesis ni, muchísimo menos, en los medios de comunicación. Por el contrario, en éstos se presenta el sexo, sin ningún otro ingrediente, como no sea la violencia. Ordinariamente no aparece ni la seducción, muchísimo menos la atracción, la gracia, el donaire y ni siquiera la picardía, tan características en otro tiempo de nuestro medio. Una muestra sobresaliente de este cambio tan drástico son los cantos y los bailes. Antes estaban llenos de gracia y de picardía y daban espacio muy amplio para el amor¹¹⁶. Ahora son sexo, vacío de cualquier otra connotación. En la escuela lo que se enfatiza es en cómo hacerlo de manera que las muchachas no queden embarazadas, presuponiendo que es normal practicarlo asiduamente en la adolescencia.

Desde este tipo de socialización no es fácil abrir espacio para esa integración del sexo en las relaciones de pareja, incluso no es fácil abrir espacio para relaciones estables, para concebir la posibilidad de formar una pareja. No es fácil llegar a concebir lo que es el amor como libre entrega de sí y, menos aún, como entrega personal a una persona para llegar a constituir un nosotros permanente en el que se conserven los yos, pero trascendidos.

Por eso no podemos renunciar a presentar este horizonte y a presentarlo como algo posible y deseable, como cauce eminente de humanización. Pero esto no puede limitarse a unas meras charlas. Tiene que crearse un ambiente en que se vea la pertinencia, el sentido, el valor y el gusto de lo que hemos venido diciendo e incluso en el que sea posible vivir ese proceso y se sea acompañado y ayudado y, por supuesto, valorado¹¹⁷.

Por eso la propuesta del horizonte cristiano del matrimonio tiene que darse en la propuesta del horizonte del amor como el único camino de humanización, de paso de ser constitutivamente humanos a llegar a ser seres con calidad humana, con sustancia propiamente humana. Para eso tenemos que distinguir entre las cualidades humanas, que es lo que se promociona por todos los medios, y la calidad humana. Y tenemos que hacer ver que las primeras no implican de

116. Desde "el cariño verdadero ni se compra ni se vende", de Juanito Valderrama, hasta "está contento el corazón porque me amas", de Ismael Rivera, o "que lo haga otro, yo me siento bien así", de Reinaldo Armas

117. "Necesitamos encontrar las palabras, las motivaciones y los testimonios que nos ayuden a tocar las fibras más íntimas de los jóvenes, allí donde son más capaces de generosidad, de compromiso, de amor e incluso de heroísmo, para invitarles a aceptar con entusiasmo y valentía el desafío del matrimonio" (AL 40)

ningún modo la segunda: uno puede llegar a convertirse en un gran especialista, incluso en un descubridor e inventor, puede llegar a ser una persona muy exitosa que logre captarse el aplauso de todos, ser una estrella del deporte o de la canción o un líder que fascine a las multitudes y las lleve a su órbita, incluso en alguien con gran poder, puede llegar a ser muy rico y, sin embargo, ser alguien vacío de calidad humana, incluso inhumano. Y, por el contrario, es obvio, que Jesús de Nazaret no fue el más fuerte ni el más rápido ni el más erudito ni el más rico, pero fue el más humano que ha habido y habrá. Y por eso, cultivó al máximo sus cualidades para poder amar con más eficacia, para servir mejor a los demás.

La formación y la aspiración al matrimonio tienen que darse en el marco de una antropología integral que ponga en el centro de todo la entrega de sí, la apertura personal, la relación horizontal, gratuita y abierta. Sólo desde la aceptación de este horizonte y el cultivo de esta actitud tiene sentido el amor de pareja. Aunque, como hemos insistido, el amor puede darse en cualquier hipótesis y como sin darse cuenta. Y al entregarse uno a ese amor, poniendo lo mejor de sí en ello, se va actuando, de hecho, esta antropología.

Concluimos diciendo con el cardenal Kasper: “El matrimonio y la familia son el último reducto de resistencia contra un economicismo y tecnificación de la vida que todo lo calcula con frialdad y todo lo devora. Tenemos todas las razones del mundo para comprometernos lo más posible en favor del matrimonio y de la familia y, sobre todo, para acompañar y animar a los jóvenes en este camino”¹¹⁸.

Es camino porque todos, más en nuestra época, tenemos que aprender a amar, tenemos que educarnos en el amor y ayudar a otros a que se eduquen¹¹⁹. La pareja, la familia, tiene que crecer juntos. Para ello se necesita soñar el futuro, celebrar el presente, caminar juntos y cuidar con ternura¹²⁰.

En este proceso ineludible una tarea impostergable es “cuidar de las familias heridas”¹²¹ para que no mueran, para que puedan seguir vivas y, dentro de lo que cabe, humanizadoras.

118. Oc 97

119. Guerrero, oc 89-99

120. Guerrero, oc 101-110

121. Con este mismo título, ver Guerrero, oc 183-194

ITER – AKME

ACUERDO ENTRE ITER Y LA DIÓCESIS DE WILLEMSTAD



En Agosto del 2013 Monseñor Luis Secco, Obispo de la Diócesis de Willemstad, estableció la fundación Akademia Katólíko Mgr. Ellis (AKME). El objetivo principal de esta academia es rescatar los valores Cristianos (católico) en las sociedades que constituyen la Diócesis de Willemstad. Enfoque primario en las gestiones que resultan de este objetivo son los jóvenes que forman parte de estas sociedades. La Diócesis de Willemstad consta de 6 islas, Aruba, Bonaire, Curazao, San Martín, Saba y San Eustacio. La sede del Obispo se encuentra en la ciudad de Willemstad, capital de la isla de Curazao.

Durante los años que han transcurrido, las normas y valores Cristianos en estas poblaciones conocieron fuertes retos y en la visión del Obispo Luis Secco era necesario realizar un acto considerable para dar inicio a un proceso de renovación social y espiritual. Bajo dirección de una directiva la academia ofrece diferentes programas de formación como vehículos para lograr sus metas educativas y transformativas. Ya están en camino un curso para formar Diáconos Permanentes y cursos sobre la Santa Biblia para la población en general de la Diócesis que por mayoría son católicos.

El 24 de octubre último AKME y ITER firmaron un convenio de colaboración bajo el cual arreglo estas dos instituciones gestionan un curso Postgrado de Teología que se inauguró en la misma fecha. AKME e ITER tienen la firme intención de ofrecer paulatinamente más y diversas posibilidades educativas para la Diócesis de Willemstad